

La feria de Albacete

Ya se aproxima el día que todos esperamos con ansiedad. Albacete comienza a vestirse de gala con el recuerdo de una fecha, en la que la alegría se desborda y se cree uno feliz.

La feria... Las fiestas...

Nótase ya la afluencia de forasteros. Por nuestras calles se ven muchas caras desconocidas.

La población va tomando desde estos días un aspecto suntuoso de gran ciudad... Y acudimos al paseo para ver a la nena de ojos azules y rubios cabellos, que supo seducirnos en el año anterior; para volver a mirarnos en el espejo claro de su honda mirada... Para conocer a la niña sentimental que va a hacernos olvidar todo el dolor del pasado jurándonos amor eterno bajo un claro de luna.

Y ellas... las nuestras... acuden también.

Las casaderas y las no casaderas... Todas, como nosotros; con el afán de conseguir la otra media naranja... para unir las dos y hecharlas a rodar por la vida.

Orgullosos debemos estar de nuestra suerte y del modo que prospera la capital.

El día 7 de Septiembre, ya nos saluda desde muy cerca y este año vendrá más elegante que los anteriores; hará un derroche de lujo...

Tendremos corridas de toros en las que serán los héroes de la fiesta Antonio Cañero (rejoneador) Valencia II y Algabeño (matadores) con sus respectivas cuadrillas, para el día 9 a las cinco de la tarde.

El día 10, Maera y los dos matadores del día anterior.

El día 11, Maera, Villalta y Posada. Por la noche lidiará cuatro novillos la cuadrilla cómica Llapisera, Bachiller Charlot y Don José; terminando el día 12 con una novillada.

Desde el día 13 hasta el 15, se celebrarán fiestas de color, verbenas, partidos de Foot-ball, repartos de premios a los niños de las escuelas municipales, fuegos artificiales, tiros de pichón, se quemarán tracas, se instalarán cinematógrafos, circo ecuestres, tiros al blanco e infinidad de espectáculos imposibles de detallar.

Las fábricas de electricidad iluminarán la población.

¿Hay quien dé más? ¡Prepararse paisanos! que la hora se aproxima.

TOKIO

Toda mi vida he soñado con ver Tokio... La ciudad que ante mis ojos aparecía siempre como algo fantástico; algo más suntuoso que lo ya conocido.

Tokio era para mí la pincelada mágica de una leyenda inquietante... Un país de ensueño, donde mis locuras de amor hallarían eco en los corazones de las princesas altivas y tristes; donde pasearía sobre un brioso corcel empujando la reluciente espada que pregonaría mi triunfo y mi fama de vencedor.

¡Tokio! ¡Oh, Tokio!

Y pasé los días de mi juventud soñando con Tokio.

A lo lejos sonríen las primeras casas escondidas entre un puñado de árboles...

Se iba a realizar mi sueño...

El tren minúsculo llegó a la estación...

Al apearme, creí hallar el movimiento, el ruido— casi alboroto— la alegría, la impaciencia y la curiosidad infantil que asiste a todas las llegadas en las estaciones europeas...

Pero fué grande mi asombro ante aquel recibimiento silencioso, pausado, casi fúnebre...

La desilusión comenzó a envolverme con su velo gris y quise verlo todo con indiferencia; con una indiferencia triste...

De vez en cuando algo me llamaba poderosamente la atención: El Kimono obscuro y hábilmente bordado de una musmé... pálida con los ojos estrechos y largos... dulcemente voluptuosos; de una musmé que me miraba con insistencia dibujando en el lirio enfermo de su róstro una sonrisa larga, extraña y acariciadora; una sonrisa como promesa de amor.

Yo la miré también.

Se besaron mucho tiempo las miradas y en aquel beso precipitado supieron juntarse los corazones.

El negro atleta coloca mi equipaje en el Kuruma; y acomodado yo en su interior, me conduce hasta el hotel.

El viaje es lento, muy lento; de una lentitud casi eterna; a pesar de que el hombre que arrastra el vehículo trotó lo mismo que un caballo.

Las distancias parecen alejarse más y más; a medida que pretendemos ganarlas.

Cruzamos calles, muchas calles estrechas, llenas de barro y basura; y después de dos horas llegamos al hotel.

Recordando la ilusión primera que me obligó a realizar el viaje contemplo la ciudad desde la ventana de mi cuarto...

Contemplo la ciudad y entornando los ojos vagamente, exclamo: ¡Tokio!

¡Oh, Tokio!...

Tokio 6 Junio 1924.

PAUL BESCOTS



TRISTE ILUSIÓN

Ya secas las hojas del arbol cayeron;

y el viento, inclemente,

las lleva

por valles y cerros.

También ya marchita la flor de mi pecho,

se ha secado un día...

para ser mas tarde juguete del viento.

Y acabó mi dicha

con su «adiós» postrero...

Más pensando a solas medito en silencio:

«¡Dios mío! ¿Es posible? ¿No es dulce sueño

que hoy haya podido

mirarme en sus ojos...

y oírle: te quiero...?

.....
Todo fué mentira...

Lo triste es lo cierto;

y ante el desengaño, lloro sin consuelo.

.....
¡Pobre amor!

Buscaba la vida

cuando estaba muerto.

Manola Viñolo

León, Agosto, 1924.